

-

Rosalie Anónimo



Image not found.

Capítulo 1

El comienzo

La lluvia golpeaba fuertemente las ventanas del coche. Abrí los ojos lentamente y lo primero que vi fue mi madre conduciendo a mi izquierda, con expresión serena. No se había dado cuenta de que me había despertado así que decidí no cambiarlo.

Mamá estaba en la década de los cuarenta, pero se cuidaba muy bien y aparentaba bastante menos. Observé cada detalle de su rostro, estudiándomelo para no olvidarlo en el largo período de tiempo que estaríamos sin vernos. Su rostro pálido como el mío apenas revelaba arrugas, sus ojos azules claros estaban clavados en la carretera y su cabello rubio trigueño estaba recogido en un moño.

Suspiré, la iba a echar de menos. Al parecer lo hice demasiado alto y mamá me dirigió una rápida mirada.

- Ya casi estamos- me informó con un tono tranquilo pero apenado.

Asentí y sentí las lágrimas formándose en mis ojos, pestañeé rápidamente, no me podía permitir llorar ahora, todavía no. Era de noche y el coche iba muy rápido, pero aun así podía distinguir la mancha verde oscura de árboles en el exterior, a los lados de la carretera.

Miré la hora en mi móvil, en unos escasos minutos serían las 12. Ya no llovía tanto así que abrí la ventanilla del coche. Respiré la cálida brisa de verano y la ligera y agradable humedad. Saqué el brazo y unas cuantas finas gotas de lluvia lo acariciaron. Moví la mano imitando el movimiento de las olas del mar. El mar. Desde pequeña había tenido una extraña e inexplicable relación con el mar. Había aprendido antes a nadar que a andar. Muchos lo temen y no se equivocan, pero estábamos conectados de una manera que me hacía sentir segura.

Metí el brazo en el coche pero dejé la ventana abierta. Al rato pude oler el olor a sal del mar. Esta era la única razón que me impedía explotar delante de mi madre y decirle todo lo que pensaba en verdad. Estaba empezando a hiperventilar así que intenté tranquilizarme. El coche disminuyó la velocidad para girar a la izquierda. Avanzamos por una carretera solitaria, todo estaba en silencio excepto por un leve murmullo que no pude distinguir. Ahora los árboles eran más visibles, altos y con troncos finos.

En unos minutos nos adentramos en una extensa pradera, a la derecha se erguía un enorme edificio de ladrillos oscuros y techo burdeos. Detrás de este se encontraba el mar, oscuro y tranquilo. Ahora reconocí el sonido de

las olas y eso me hizo sonreír, aunque no por mucho tiempo.

Mamá condujo por la carretera hasta la entrada del edificio, que consistía en dos altas columnas blancas. Aparcó frente a ellas y dirigió su cansada mirada a mí.

- Bueno. Ya hemos llegado.

- Aha.

Me observó con intensidad, estudiando, como yo, cada detalle de mi rostro para retenerlo y no olvidarlo. Desvié la mirada, solo tenía que aguantar un poco más. Cogí mi bolso, me lo colgué del hombro y salí del coche. Habían unos cuantos coches esparcidos por el gran aparcamiento. Saqué mi maleta del maletero y caminé hasta mi madre, apoyada contra su puerta, que intentó cogerla, pero negué con la cabeza. Me paré frente a las columnas mientras mamá seguía caminando, abriendo la puerta y entrando en el edificio. Desde donde estaba podía ver el interior de este, ya que la puerta funcionaba como ventana. Dirigí la mirada hacia arriba, sobre las dos columnas unas letras negras decían: "Moretti Shore High School".

- Bueno, señorita Wolf, puede acompañarme en cuanto este lista y le enseñaré su habitación- me dijo con voz maternal y a la vez profesional la señora Woosley, la secretaria del colegio-internado Moretti Shore.

Asentí y dirigí la mirada a mamá, ya tenía lágrimas en los ojos. Me abrazó con fuerza, besándome el pelo con ternura. Ya no podía contener las lágrimas y resbalaron como una cascada por mi rostro.

- Se fuerte, Rose- dijo con voz entrecortada, podía escuchar el dolor en ella.- es lo único que te puedo decir ahora.

- Te quiero, mamá- añadí lo más normal posible.

- Y yo a ti.

Nos separamos y seguí a la secretaria, le dirigí una última mirada a mamá, reteniendo en mis ojos su figura fina, sus rasgos tan familiares. "Te quiero", murmuró, ya lejos de mí. Aspiré profundamente y clavé la mirada en la señora Woosley.

Caminamos por un amplio y largo pasillo poco iluminado. El suelo era de mármol blanco y las paredes estaban decoradas con losetas blancas y Burdeos, como el tejado. Solo se escuchaba el sonido de los tacones de la secretaria al caminar. Llegamos a una gran puerta y ella la abrió y la sostuvo para que pasara. La cálida brisa y el olor a sal me inundó. Vaya, pensaba que las habitaciones se encontrarían en el edificio. Caminamos hasta unas escaleras de piedra, mientras bajaba pude ver, delante de mí, otro edificio, este mucho más pequeño, pero con las mismas

características que el anterior. Tenía forma rectangular, tres pisos y varias amplias ventanas.

Llegamos a la puerta y la señora Woosley sacó una llave, la abrió y la sostuvo de nuevo. Entré en los dormitorios y miré a mi alrededor. Las paredes y el techo eran blancos y el suelo estaba cubierto por una moqueta gris clara. Me encontré en un gran salón, estaba a oscuras pero a la derecha y a la izquierda de este habían dos escaleras iluminadas, por lo que pude distinguir las figuras de los sofás y sillones esparcidos por este.

La secretaria se llevó un dedo a los labios, indicándome que no debía hacer ruido. Asentí y caminamos hasta la escalera que se encontraba en la izquierda. Subimos y llegamos al segundo piso, que consistía en un largo pasillo con puertas a ambos lados. Cada una estaba numerada. El pasillo torcía a la izquierda y comprendí que los pasillos estaban unidos en un rectángulo. Llegamos a la habitación número 28. La señora Woosley sacó otra llave, que tenía colgada del cuello, la descolgó y abrió la puerta. A continuación me entregó la llave con una sonrisa. La tenue luz del pasillo fue suficiente para poder ver el rostro de la mujer, era más baja que yo incluso con tacones, aunque eso no era anormal debido a mi metro setenta y cinco. Sus ojos marrones oscuros eran tranquilos y su cabello corto del mismo color que sus ojos. Tenía un redondo lunar en el moflete izquierdo de su rostro.

- Esta es su habitación, señorita Wood, espero que la encuentre a su gusto.

- Gracias.- respondí, intenté sonreír, pero creo que no lo logré.

- Es muy tarde ahora, pero venga a secretaría mañana cuando quiera y elegiremos sus clases y le enseñaré todo. Asumo que sabe que empieza en dos días.

Asentí. Me alegré de que comprendiera que no estaba muy dispuesta a hablar. Se despidió y se marchó. Entré en la habitación y encendí la luz. La habitación era suficientemente grande para las dos camas que se encontraban en ella. ¿Dos camas? No me había parado a pensar en ello, debía compartir habitación... Me dio un escalofrío, ¿cómo iba a llorar ahora, cómo iba a desahogarme con otra persona durmiendo a mi lado? Observé el bulto bajo la fina sábana en la cama pegada a la ventana. Se encontraba boca abajo así que no pude ver su rostro, pero su largo cabello marrón oscuro era visible. Decidí apagar la luz y encender la de la mesilla de noche, no quería despertarla. Dejé mi maleta en el suelo y me senté en la cama libre. Metí la cabeza entre mis rodillas y me abracé la cabeza. Esto era demasiado.

Dejé que las lágrimas corrieran en silencio por mi mejilla y al cabo de unos minutos levanté la cabeza y observé la gran ventana, que cubría gran parte de la pared. Caminé en silencio hasta ella y la abrí. Desde donde estaba tenía una de las vistas más preciosas, el mar. Miré abajo y vi unas escaleras de madera que llevaban hasta la playa. La luna llena en lo alto del cielo iluminaba el mar y la arena de la playa. Esta se extendía a los lados, si miraba a la izquierda, continuaba sin fin, pero a la derecha unas grandes y oscuras rocas la cortaban. El sonido de las olas retumbaba en mis oídos, haciéndome suspirar de placer. Mi habitación se encontraba en la parte de atrás de los dormitorios, comprendí.

Esa sensación, tan frecuente en verano cuando me encontraba cerca del mar, me inundó. Tuve que controlarme para no saltar por la ventana, no muy lejos del suelo, y correr hacia el mar. ¿Habían cámaras vigilando los dormitorios? ¿O alarmas? Qué más daba.

Abrí la maleta y saqué mi bikini. Me cambié y me puse un fino vestido por encima y me puse unas chanclas. Apagué la luz y salí de la habitación. Recorrí el camino que habíamos hecho para llegar a la habitación, bajé las escaleras sigilosamente y corrí con las puntas de mis pies por el salón. Una vez fuera rodeé el edificio hasta que vi las escaleras de madera, guiándome por el sonido de las olas. Las bajé y pronto sentí la escurridiza arena bajo mis chanclas. Me las quité sin importarme recogerlas. Mientras andaba apresuradamente me quité el vestido y lo lancé a la arena. Miré al frente, las olas eran pequeñas y no suponían peligro alguno. Dejé que el agua acariciara mis pies, cerré los ojos, el agua no estaba muy fría. Me metí poco a poco y cuando el agua cubría mi cintura, me tiré de cabeza.

La sensación era inigualable, incomparable. Salí a la superficie y reí. Pronto me detuve y recordé todo. Recordé el motivo por el que me encontraba en este internado. Todo había pasado tan rápido... Fue solo hace dos días que estaba en el salón leyendo mientras mamá, papá y Zach, mi hermano pequeño, veían la tele y alguien llamó al móvil de mamá. Ella respondió tranquila y al escuchar el la voz de la persona que llamaba su expresión se descompuso. Se levantó de un salto y desapareció del salón. Todos nos quedamos extrañados y papá se levantó y la siguió. En unos segundos escuchamos a mamá, que nunca jamás gritaba, chillar como una loca para que papá la dejara hablar tranquila. El no se dio por vencido por lo que mamá salió de la casa.

No supe qué hacer, ¿qué estaba pasando? ¿Por qué mamá reaccionaba de tal modo? Seguí leyendo, intentando olvidarme de lo que ocurría. Papá se sentó en el sofá y comenzó a morderse las uñas, claramente nervioso.

Al cabo de una hora mamá volvió. No reconocí a la mujer que entró a casa. Su rostro estaba ensombrecido, preocupado, parecía que tenía 10 años más. Sus ojos eran dos grandes esferas que repasaban la habitación sin parar. Parecía una demente. Clavó su mirada en mí y pestañeó,

intentando disipar las lágrimas. Abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Papá se levantó, preguntó qué le pasaba pero mamá no respondió. Se encerró en su habitación y no salió hasta el día siguiente. Papá durmió en el sofá.

Era horrible no saber lo que pasaba. Lo peor era que sabía que estaba relacionado conmigo o eso era lo que demostró con esa intensa mirada. No sé cómo, pero conseguí dormirme al fin y al cabo. A la mañana siguiente mamá me esperaba en el salón.

- Buenos días mamá- dije sonriente. Su rostro estaba más tranquilo y me alegré.

- Buenos días- respondió con voz monótona. La sonrisa se me borró de la cara.

- Tenemos que hablar.

- Vale. ¿Dónde están papá y Zach?

- En el cine- Ellos nunca irían al cine sin mí, pensé. La única razón de que se hubieran ido era que mamá los hubiera echado.

Me senté a su lado y me explicó, intentando no mostrar ninguna emoción, pero con dolor en su voz, como había sido aceptada en Moretti Shore High School y qué honor suponía aquello. Jamás había oído hablar de este sitio y se lo dije. Ignoró lo que le dije y prosiguió. Era también un internado e iba a estudiar el próximo año en él. Mamá siguió ignorando mis preguntas y me estaba empezando a enfadar, terminé chillando, exigiendo la verdad, el motivo por este gran cambio. ¿Era una broma? La situación era demasiado seria.

- Rose, cálmate, por favor- me pidió con la misma voz monótona- ni yo sé el motivo. Lo siento, pero no puedo hacer nada para cambiarlo. Lo único que puedes hacer es aceptarlo.

Lo dijo con una voz tan autoritaria que me dio miedo. Negué con la cabeza y salí de casa para despejarme. Al terminar el largo paseo que me di por el bosque volví a casa. Mamá no se había movido de sitio y papá y Zach no estaban en casa. Tan solo asentí al verla. ¿Qué podía hacer? ¿Llamar a la policía porque mi madre se había vuelto loca? No, no podía pensar que estaba loca. Tenía que pensar que esto era serio, no sabía qué estaba pasando, por qué una decisión tan brusca de repente, pero tenía que aceptarlo, me gustara o no.

- Haz la maleta, nos vamos mañana- me informó mamá.

No me di cuenta hasta ahora de que estaba llorando. Pestañeeé, volviendo al presente. Me sumergí en el agua para deshacerme de las lágrimas. Decidí salirme, debía de ser la una de la madrugada. Ahora me di cuenta de que no había raído toalla, corrí hasta donde había dejado mi vestido y me sequé con él. Fue en ese momento cuando escuché las risas. Eran

risas jóvenes, de un grupo de amigos, miré a mi alrededor pero no vi a nadie.

Caminé apresuradamente hasta mis chanclas, me las puse y subí las escaleras de madera, eché un rápido vistazo al mar y algo en las rocas captó mi atención. Estaba oscuro pero una figura masculina se deslizaba por ellas, saltando con elegancia. Ya no escuchaba las risas. La figura saldría pronto de las oscuras rocas y la luz de la luna le iluminaría, revelando su rostro. Quería quedarme ahí y descubrir quién era, pero pensé que sería peligroso, ¿quién saldría a la una de la madrugada a la playa? Aparte de mí, claro... Pero yo tenía una buena excusa. Mi dolor justificaba esta excursión nocturna. Desvié la mirada de la oscura figura y subí las escaleras que me quedaban.